



RAMÓN OBEDI

NOTAS DE ESTUDIO

Sobre la Santa Biblia

BS1456

.C5

N6

v. 2



1020042422



ACER GENERAL

116611

NOTAS DE ESTUDIO

SOBRE LA

Santa Biblia



ANTIGUO TESTAMENTO

por

D. RAMÓN CHÍES

(Eduardo de Riofranco)

SEGUNDO TOMO

GOSMÓPOLIS
CASA EDITORIAL

ALCALÁ, 172 dpl. (Hotel)

MADRID

1904.

DE VENTA

EN LA

"LIBRERIA GENERAL"

COMERCIO, 21.-MONTERREY.

37678

B 51456

.C5

N6

V.2

buena escafandra, usted mismo se pasearía, en caso de que siquiera tuviese la hechura y conocimientos de un hombre de este siglo.

¿Por ventura te han sido abiertas las puertas de la muerte?

¡La muerte con puertas como el mar! Pues, señor, está visto, á Dios todo se le vuelven porterías.

¿Has visto las entradas tenebrosas?

No, señor; porque yo no acierto á ver en lo obscuro.

¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dame razón, si sabes, de todas estas cosas.

Muy bien; y sabemos no sólo que es panzuda, sino también los kilómetros que mide de cintura. El que no lo sabía, señor, era usted, cuando hablaba por boca del Espíritu Santo.

¿En qué camino habita la luz?

Señor: la luz no es una gitana que vive en los caminos: tiene su palacio en todas partes en que arde algo, aunque sea el pelo del Espíritu Santo.

¿Y cuál es el lugar de las tinieblas, para que lleves cada cosa á su término y entiendas las sendas de su casa?

Declaro que no sé donde viven las tinieblas, más que un día al año, que sé que las hacen en todas las iglesias.

¿Sabías entonces qué habías de hacer?

No, señor; confieso mi ignorancia: cuando usted le ponía puertas al mar y á la muerte, yo era tan chiquitín, que no recuerdo lo que haría. Quizá estuviera entretenido en chuparme el dedo, que es un entretenimiento infantil, como este de hablar Dios en metáforas interrogantes.

¿Tenías noticia del número de tus días?

No, señor; ni siquiera la tengo hoy; eso sólo lo saben los suicidas y los condenados á muerte, bajo un rey tan inflexible como el que fusiló á Ferrandiz y Bellés.

¿Por ventura has entrado en los tesoros de la nieve?

No, no sé, yo soy muy friolero.

¿Has visto los tesoros del granizo? ¿Qué tengo yo prevenido para el tiempo del enemigo y para el día de pelea y de combate?

No lo sé; pero siendo usted tan bueno, no dejará de tener prevenida buena merienda, que es lo principal en estos casos de batallas perdidas.

¿Por qué camino se esparce la luz y se reparte el calor sobre la tierra?

Por todos á la vez, señor mío, por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

¿Quién dió curso á un aguacero impetuosísimo? El terreno más bajo de nivel de la comarca aguacerada, que en alemán se llama talweg, y en castellano neto y limpio y castizo ha de llamarse vagnada.

¿Y camino al trueno ruidoso, para que lloviese sobre una tierra sin hombre en desierto, en donde no mora ninguno de los mortales, para inundarla siendo descaminada y desolada y que produjese yerbas verdes?

En los desiertos, verdaderamente desiertos, nacen pocas yerbas verdes; pero, en fin, las que nazcan habrán salido de sus respectivas simientes.

¿Quién es el padre de la lluvia?

El vapor de agua: lo que ignoro es quien sea la mamá.

¿Quién enjendró las gotas de rocío? ¿De qué vientre salió la helado?

¡Señor, eso no se pare!

¿Y quién enjendró el hielo del cielo?

No lo sé de fijo: quizá sea el santo matrimonio de San Isidro y Santa María de la Cabeza.

Las aguas se endurecen á semejanza de piedra...

¡Señor, eso no tiene nada de particular: es cuestión de temperatura.

... Y la superficie del abismo se aprieta

No sé lo que usted llama abismo, porque unas veces parece el mar, otras una cueva y otras el infierno. Pero si se aprieta que se afloje, que se afloje.

¿Podrás juntar, acaso, las brillantes estrellas de las Pléyades?

Ni por acaso, ni sin él.

Ó ¿podrás detener el giro del Arturo?

Y creo que usted tampoco, ni maldita la falta que hace.

¿Eres tú, acaso, el que haces comparecer á su tiempo el lucero, ó que se levante el Véspero sobre los hijos de la tierra?

No señor; pero ellos ni comparecen ni desaparecen: es que yo voy dando volteretas y, pasando de la luz á las tinieblas. Por eso los veo ó no los veo: lo advierto, señor, por si usted no lo sabe.

¿Acaso entiendes el orden del cielo y darás razón de él en la tierra?

Yo, así, así; pero catedráticos hay de Astronomía, que no son católicos y lo explican admirablemente, tan admirablemente que es probable que si los oyera usted se quedara asombrado, señor Espíritu Santo.

¿Por ventura alzarás tu voz á la niebla? y te cubrirá un impetu de aguas?

Ca, señor, yo no hago tonterías; ni hablo á quien no me hace caso, como el Sr. Castelar, desde que se hizo benévolo rabioso.

¿Por ventura enviarás tú los relámpagos, é irán, y te dirán cuando vuelban: aquí estamos?

¡Pero á usted se lo dicen!

¿Quién puso en las entrañas del hombre la sabiduría? ¿O quién dió al gallo inteligencia?

No sé, señor: lo que sé es que yo no le dí los espolones, que es donde la debe tener.

¿Quién contará el orden de los cielos?

Contarle le han contado muchos astrólogos;

pero á última hora resultó que usted y ellos marraron en la cuenta.

*O ¿quién hará cesar la armonía del cielo?
Sólo un Cataclismo.*

¿Cuándo se derramaba el polvo sobre la tierra, y se iban uniendo los terrones?

Cualquiera lo averigüa, si usted no nos lo dice, señor Jehová.

¿Por ventura cazarás tú la presa para la leona...

No, señor, porque eso sería sandio y mentecato.

... Y saciarás el alma de sus cachorros, cuando están echados en las cavernas y de acecho en las cuevas?

¿Ha visto usted las almas con apetito y comiendo alguna vez? Yo, no; lo confieso.

¿Quién tiene aparejado al cuervo su alimento cuando sus polluelos e'aman á Dios, vagueando, porque no tienen que comer?

Nadie, ni le hace falta. El busca lo que necesita y lo encuentra, por que el instinto es su providencia.

¿Por ventura sabes el tiempo del parto de las cabras montesas entre los peñascos, ó has observado las ciervas cuando están pariendo?

Sí señor.

¿Has contado los meses de su preñez?

Sí, señor: eso lo sabe hoy un estudiante cualquiera aprovechado de zoología, porque esas cabras montesas están preñadas los mismos meses que las que no son montesas.

¿Y sabes el tiempo de su parto? Se conservan para dar á luz su cria, y paren dando bramidos.

Naturalmente, señor, naturalmente. Pongámonos en su caso, y no digo bramar, sino rebramar haríamos usted y yo.

¿Sepáranse de ellas sus hijos, y van á paecer: salen y no vuelven á ellas?

Me parece que exagera usted un poquito, señor

Dios. ¡Poco que les gusta mamar á estos mamíferos los primeros días y aun las primeras semanas de su vida!

¿Quién dejó al asno montés en libertad, y quién soltó sus ataduras? ¿A' cual di casa en el desierto y sus moradas en tierra salobre? Desdeña la muchedumbre de la ciudad, no oye el reclamo del exactor. Mira de todas partes los montes de su pasto, y anda buscando todo lo verde.

Veo, señor, que conoce usted muy bien al asno montés, para el cual todo va bien, mientras vuestra providencia no le pone delante una fiera que se le coma.

¿Por ventura querrá servirte á ti el rinoceronte, ó morará á tu pesebre? ¿Por ventura atarás al rinoceronte con tu coyunda para que are? ¿O romperá los terrenos de los valles en pos de tí? ¿Por ventura te fiarás tú de su grande fuerza, y le encomendarás tus labores? ¿Por ventura fiarás de el que te vuelva lo que has sembrado, y que te recoja tu era?

No, señor; no haré nada de eso, por la sencilla razón de que aquí en Castilla no hay rinocerontes ni falta que hacen, porque son unos animales muy animales, tan animales que por no querer sujetarse á la domesticidad del hombre, van desapareciendo poquito á poco, como le sucede á todos los brutos selváticos. No es que queramos á usted, señor, revisarle la obra; pero le aseguro que de aquí á pocos siglos habrá que falsificar las fieras, como ya se falsifican las monedillas antiguas.

¿Las plumas del avestruz son semejantes á las plumas del herodio y del gavilán?

No conozco al herodio. Debe ser un bicharraco muy feo.

¿Cuándo abandona en la tierra sus huecos, por ventura los catenlarás tú sobre el polvo?

Sobre el polvo, no señor, porque es una sucie-

dad; pero en una incubadora no tendría inconveniente en sacar polladas de avestruces, sino hubiera ya tantos en el orbe católico.

¿Se olvida de que los pisará el pie ó de que los quebrará alguna bestia del campo? Endurécese para con sus hijos, como sino fueran suyos, en vano trabajó, sin que ningún temor le fuerce. Por cuanto Dios le privó de sabiduría y no le dió inteligencia. Cuando llega la ocasión, levanta en alto las alas, se burla del caballo y del cabalgador.

Veo, señor, que conoce usted y describe admirablemente al avestruz. Bien podía usted haberme explicado lo que pregunta para no tener que achacarle la estupidez del avestruz, hijo de vuestra divina majestad.

¿Por ventura darás tú fortaleza al caballo, ó rodearás de relincho su cuello? ¿Por ventura le harás saltar como las langostas? La majestad de sus narices causa terror. Escarba la tierra con su pezuña, encabritase con brío: corre al encuentro de los armados. Desprecia al miedo y no cede á la espada. Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. Con hervor y relincho muerde la tierra, y no aprecia el sonido de la trompeta. Luego que oye la bocina, dice: Ea; y huele de lejos la batalla, la exortación de los capitanes, y la algarazara del ejército.

Veo, señor, que es usted un poeta consumado. ¿Qué rebonitamente describe usted al generoso bruto! Pero si usted hubiera alcanzado estos tiempos de *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Espartero*, y viera á un pobre jaco matalón desgarrada la tripa, vaciado el estómago, tuerto de un ojo y con el otro tapado, volar sobre las astas de un toro, quizá en vez de alabar hubiera compadecido al caballo.

¿Por ventura se cubre de plumas el gacilán por tu sabiduría, estendiendo sus alas al Austro? ¿Por ventura á tu mandato se remontará el

águila, y pondrá su nido en lugares altos?—En breñas hace su mansión y en peñascos escarpados mora, y en rocas inaccesibles.—Desde allí otea la comida, y desde muy lejos alcanzan á ver sus ojos. Sus pollos chupan la sangre: y en donde hubiere carne muerta luego se halla.

Declaro, señor, que es bellissimo este curso de ornitología poética.

* * *

A este punto de su discurso, Dios, harto de preguntar á Job desde la nube, y más harto aún de que el leproso no le respondiera una palabra, queriendo sin duda cerciorarse de si dormía, alzando la voz y tirándole ya á la tetilla, exclama:

¿Por ventura, el que disputa con Dios, tan fácilmente se aquietará por cierto el que arguye á Dios debe responderle.

Y Job atolondrado con tanto *por ventura* y tanto *acaso* interrogantes, contesta humilde y cortésmente:

Una cosa he hablado, que ojalá no la hubiera dicho: y otra también, á la que nada añadiré.

Como Job habla á estas alturas dicho tanto, quedamos *in albis* de qué sea á lo que aquí se refiere.

* * *

Tras esta breve interrupción de Job, Dios, creciéndose con la humildad de su siervo y el silencio de Elifar, Sofar, Baldad y Eliu, de que nada dice el texto, toma de nuevo la palabra y dice, tras una nueva admonición de que se ciña el leproso los lomos:

¿Por ventura harás tú vano mi juicio: y me condenarás á mí para justificarte á tí? Y si tienes brazo como Dios, y si con voz semejante truenas, revístete de esplendor, y levántate en alto, y ataviate de gloria, y adórnate de hermosos vestidos. Disipa á los soberbios con tu furor,

y con una sola mirada abate á todo altanero. Pon los ojos en todos los soberbios y confúndelos, y desmenuza á los impios en su lugar. Escóndelos en el polvo á una, y abisma sus rostros en el hoyo: y yo confesaré que podrá salvarte tu derecha.

¡Señor! ¡señor! todo lo bien que me habéis parecido como poeta al describir el caballo, el avestruz, el gavilán, el rinoceronte y el águila, os encuentro en este pasaje de chavacano y farandulero. ¡Cómo queréis que un sarnoso entre en competencias con el omnipotente Jehová? Además, estarían muy en su lugar estas arrogancias, estos retos y desafíos al pobre Job, siempre que vos tuvieráis la tierra limpia de soberbios. Pero ¿no alienta y truena todavía contra los republicanos Cánovas del Castillo en sus discursos? Y el bueno de D. Emilio, sin plumas y cacareando, como el gallo de Morón, ¿no truena contra las revoluciones, llamándose republicano y oficial de monárquico en los altares de don Práxedes?

* * *

Hasta aquí Dios ha hablado como una persona, más ó menos razonable, que pregunta sobre una porrillada de cosas, que él pretende saber, y Job no, pero que sabidas no harían crecer por sí solas una espiga de trigo en Castilla ó un melonar en Aragón; pues digo yo que saber por qué anidan en lo alto de los peñascos las águilas, importa bastante menos que cultivar con esmero un campo de patatas, ó cortarle el revesino á un clérigo trabucaire, de esos de ama rolliza, sobriños rucios y latinajos empedrados de *jotas* y *elles* pronunciadas á la española.

Pero como Dios debía hablar alguna monstruosidad, para no quedar por bajo de Cánovas, entra á describir á Bheemoth, el mayor animal de la tierra, y Leviathan, el mayor animal de

la mar, que ni yo conozco, ni tú tampoco, lector, ni Cuvier ha clasificado todavía, ni son otra cosa que dos disparates mayúsculos y minúsculos majaderos.

DESCRIPCION DE BEHEMOTH

el mayor animal de la tierra,

hecha por Dios, zoólogo.

«Mira á Behemoth, á quien yo hice contigo; heno comerá como buey: su fuerza está en sus lomos, y su virtud en el ombligo de su vientre. Aprieta su cola como cerdo, los nervios de sus testes están entrelazados. Sus huesos son como cañas de bronce, sus ternillas como planchas de hierro. El es el principio de los caminos de Dios; el que lo hizo hará uso de la espada de él. Para éste los montes producen yerbas; todas las bestias del campo allí retozarán. Duerme á la sombra en lo retirado del cañaveral, y en lugares húmedos. Los sombríos cubren su sombra, le rodearán los sauces de los arroyos. He aquí que se sorberá un río, y no se maravillará; y se promete que el Jordán entrará por su boca. Por sus ojos como su anzuelo le tomará, y con palos agudos horadará sus narices.»

Si en vez de leer tantos disparates en la *Biblia*, y puestos en la boca de Jehová, los hallásemos descritos en una novela de *La Correspondencia*, seguramente que el autor se ganaba una celebridad parecida á la de Estrada en la poesía, y la del doctor Garrido en la inventiva de sus anuncios. ¡Jesús y cuánta barbaridad en una sola pieza!

Con todo, *y con eso*, no ha faltado quien ha pretendido que la *locomotora* es la realización de este monstruo profético. Pero ¿y lo de los nervios de los testes, que son entrelazados? ¡Maldita casualidad, la que ha hecho á la locomotora femenino!

Mas, si grandes son los divinos disparates al describir á Behemoth, no son menores los que dice para pintarnos á Leviathán, que es el mayor animal de la mar. ¡Atención, señoras y caballeros!

DESCRIPCIÓN DE LEVIATHÁN

EL MAYOR ANIMAL DE LA MAR,

HECHA POR DIOS, ZOÓLOGO.

¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviathán y atar su lengua con una cuerda?—¿Por ventura pondrás anillo en sus narices, ó le horadarás la quijada con una armelta?—¿Por ventura multiplicará ruegos para contigo, ó te dirá palabras blandas?—¿Por ventura hará pacto contigo, y le recibirás por tu siervo para siempre?—¿Por ventura jugarás con él como con un pájaro ó le atarás para tus siervas?—¿Lo harán trozos tus amigos, lo dividirán los mercaderes?—¿Por ventura llenarás redes con su piel, nasa de peces con su cabeza? Pon sobre él tu mano: acuérdate de la guerra, y no sigas hablando. He aquí que le burlará su esperanza y á vista de todos será precipitado. No como cruel le despertaré, porque ¿quién puede resistir á mi semblante?—¿Quién me dió á mí antes para que yo le restituya: todo lo que hay ba o el cielo mio es.

Lo que es á este Leviathán se le puede usted guardar para sus usos particulares.

¿No tendré respeto á él ni á sus palabras eficaces y compuestas para mover á compasión?

¡Vamos! este pez mónstruo habla? ni más ni menos que Pepito Canalejas.

¿Quién descubrirá la haz de su vestido? y en medio de su boca quién entrará?—¿Quién abrirá las puertas de su rostro; alrededor de su rostro hay espanto. Su cuerpo es como escudos fundidos, apiñados de escamas que se aprietan. La una se

junta con la otra, y ni un respiradero pasa por entre ellas. La una se pegará á la otra, y asidas entre sí, de ninguna manera se separarán. Su estornudo es resplandor de fuego, y sus ojos como los párpados de la aurora. De su boca salen lámparas, como teas de fuego encendidas. De sus narices sale humo, como de una olla encendida é hirviente. Su aliento hace arder carbones y de su boca sale llama. En su cuello morará la fortaleza, y delante de él va la indignancia. Los miembros de su cuerpo bien unidos entre sí; enviara rayos contra él, y no serán llevados á otro lugar. Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como yunque de martillador. Cuando se levantara, tendrán miedo los ángeles, y espantados se purificarán. Aun cuando espada le alcanzare, no podrá prevalecer contra él ni lanza, ni coraza. Porque al hierro lo sepultará como paja, y al bronce como madero podrido. No le hará huir hombre flechero; en arista se le tornaron las piedras de la honda. Como de una arista hará aprecio del martillo, y se burlará de la vibradora lanza. Debajo de él estarán los rayos del sol, y se echará sobre el oro, como sobre el lodo. Hará hervir como una olla el fondo del mar, y lo pondrá como hierven los unguentos. Detrás de él lucirá la senda, reputará al abismo lleno de canas. No hay sobre la tierra poder que se le compare, pues fué hecho para que no temiere á ninguno. Todo lo alto vé, él es el rey de todos los hijos de soberbia.»

Así, sin ton ni son, cuando más engolfado se hallaba Dios en la serie de disparates que he traserito, acaba de repente la descripción de Leviathán y su discurso. Leviathán es el mayor animal de la mar, ó sea la ballena. ¿Quién habrá que por lo que Dios dice de ella la conozca?—¡Y que no se reirian del Dios de *El Libro de Job* los pobres pescadores que traen á los pocos levia-

thanes que quedan, confinados en los mares polares!—No: no están todos los locos en Leganés, cuando hay personas que creen que Dios, de hablar, aun cuando fuera desde un torbellino, hablaría para decir tamañas bobadas y dislates del calibre que contiene el discurso que he tenido la pachorra de copiar de cabo á rabo.

Job responde contrito á Dios, que ha hablado petulantemente y que hará penitencia. Toma Dios la palabra un momento y da una arremetida á Elifaz y sus amigos, á quienes manda que le sacrifiquen siete toros y siete carneros, declarando que Job había hablado *rectamente*.

Esta rectitud le valió doblado lo que había perdido. Curado del sarnazo volvió á ser rico hasta tener 14.000 ovejas, 6.000 camellos, tuvo yuntas de bueyes y 1.000 borricas: total 23.000 cabezas de ganado; que es un *pico*. Además tuvo siete hijos y tres hijas. Estas tres hijas—dice la *Biblia*—que fueron las más bonitas de las mujeres—¡bonitas serían!—y que se llamaron Dia, Casia y Cornustibia. ¡Mal nombre hallo este de *Cornustibia* para una mujer casada!

Y aquí se acaba el cuento, poema, revelación, ó como se quiera llamar, sin decirnos si todos estos diez hijos *post-lepram* los tuvo Job con la mujer que le insultaba en el muladar ó con alguna ó algunas otras que se buscara cuando se viera limpio de costras, omisión deplorable, menos deplorable sin embargo, con serlo tanto, como no decirnos qué hizo Satanás al ver á Job otra vez en candelero.

¡Valiente cara que pondría el cornudo monarca del infierno!—Mico como el suyo, sólo es comparable al mico que se lleva el que, después de haber oído tantas exageradas alabanzas del *Libro de Job*, tiene la paciencia de leersele.



Quiero de propósito no decir una sola palabra acerca del autor de este Libro, porque me obligaría á repetir lo que tengo dicho, á cargo de los autores de los otros que llevo comentados. Parece que algunos de los salmos los compuso David y otros Salomón; mas, es de todo punto imposible que tal padre y tal hijo compusieran otros, en que se deploran sucesos acaecidos siglos después de ellos muertos y enterrados. De modo que esta colección de romances *cantables*, hebreos, pura y ferozmente teológicos, como todo lo que de los judíos nos ha quedado, para nuestro daño y aburrimiento, carecen de autor cierto, y, sin embargo, es indudable, católicamente disparatando, que fueron dictados por el caballero Espíritu Santo á otros egregios caballeros profetas; y así, en ésta como en otras muchas cosas, puede decirse: aquí todos somos caballeros, pero la capa no parece. Digo, capas si que las ha producido esta musiquilla salmeable, y requetebuenas y hasta requeterridículas, como puede verse aun en las comedias eclésiasticas de mucho personal que se celebran todavía en las iglesias, pero son capas que no abrigan en invierno á los pobres necesitados; sino que están tejidas con cuero humano, arrancado á latigazos por los recaudadores antiguos del diezmo y del pie de altar y los modernos de los famosos 42 millones de pesetas del culto y clero, ó del clero solamente, como se debería decir sino fuéramos tontos, porque lo que es culto, por sí mismo, no sé yo que coma, ni haya por qué necesitar capas ni tan siquiera casullas.

La capa que no parece, y de que me he apartado un momento, viene á ser, además del autor, la gracia, la ciencia, la filosofía, le belleza y demás